

que bate a su adversario en toda la línea, gracias a un ingenio agudizado sin duda por la necesidad.

Gran servicio es el que presta la Editorial del Pacífico actualizando a los buenos exponentes de nuestras letras.

“TODO EL AMOR”, de *Pablo Neruda*, Nascimento

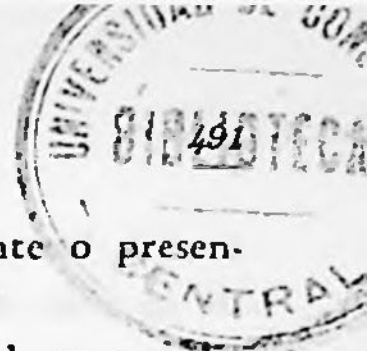
Estupenda edición, digna del genio artístico a quien se consagra.

La portada representa “La Primavera” de Boticelli, en el interior se reproducen las figuras opulentas y vitales, individualmente o en fragmentos, con gran poder de sugerencia en cada oportunidad.

Se han compilado los poemas eróticos hasta el día, lo que permite seguir el curso evolutivo de la inspiración que ha significado el mayor hechizo de la época.

Neruda es el creador de una atmósfera y de un modo expresivo en que predominan el sentimiento y la derrota de toda vaniloquencia. Consecuente con la lección dada por el llamado “postmodernismo”, apaga los fuegos de la retórica y no trepida en emplear un vocabulario pobre y monótono siempre que atesore en sus lindes la más intensa riqueza vivencial. Así se construyen los *Veinte Poemas de Amor* y *Una Canción Desesperada*.

Como lo hemos escrito en *Trinidad Poética de Chile* y lo repetimos en “La Nación” del domingo 7 de junio, la novedad nerudiana consiste en que los seres y las cosas no viven ya en el amor, sino parecen haberse compenetrado en él al extremo de que constituyen el amor mismo. El amor a propósito de todo y a propósito aún de nada. Recordamos que puede alejarse el poeta del tema cuanto se le antoje; que suele caer en digresiones líricas aparentemente remotas de la amada y de la congoja aneja al erotismo; que son a veces los pinos y el rumor del viento o en ocasiones el océano desatado que aflora en la inspiración de esta voz de pro-



funda tristeza marítima; pero siempre se halla —latente o presente— la fuerza invasora, incontrastable del amor.

En voz baja, para vencer la garrulería continental, se contiene la fórmula definitiva en el poema número "Veinte". El adolescente enamorado del amor vacila sin atreverse a precisar su estado de ánimo verdadero. ¿Ha terminado todo o es tan sólo ilusión la que lo empuja a creer en el límite?:

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero . . .

Sin embargo, la respuesta se da al principio. El adolescente se halla sumido en melancolía erótica. Entonces:

*Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Escribir, por ejemplo, la noche está estrellada
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos.*

"—¿Qué pasa?" —clamará el lógico talentado. "—¿Está triste y da lo mismo escribir cualquier cosa?" —Cabal, habrá que responderle, porque así lo autoriza el erotismo de esa tristeza. Para el amante todas las cosas toman el cuerpo del ser amado. El mundo es —según lo quiere el idealismo metafísico— como nosotros lo pensamos, o —mejor todavía— como nos lo determina el amor.

En *Residencia en la Tierra* se convierte el amor en lo que Platón nos enseñara ya suficientemente en *El Banquete*: en una vía de conocimiento profundo, un camino que conduce a la sustancia, a Dios. El tono deviene solemne y a menudo desgarrado: la residencia en el planeta es una caída material, un derrumbe, una muerte constante que hace difícil la alegría.

Los últimos poemas —no incluídos en nuevos libros— mantienen la discreción clásica del estro revolucionario. Neruda reproduce en su obra sin ningún alarde el mejor espíritu de las escuelas literarias que le precedieron; el romanticismo, el simbolismo, el par-

naso y hasta el surrealismo le alimentan el pulso; pero el acento es de la más depurada originalidad, y ninguno como él para influir en los otros. Sin exagerar, puede asegurarse que nos encontramos en la era nerudiana de la poesía.

“LA FLOR ESCONDIDA”, de *Pearl S. Buck*, Zig-Zag

Es una de las novelas más folletinescas de la autora de *La Buena Tierra*.

La tesis de este libro nos ha parecido evidente: demostrar la supremacía de la civilización matriarcal norteamericana sobre la patriarcal japonesa. Las mujeres que figuran en el relato predominan sobre los varones sin contrapeso; a la cabeza de todas hay que colocar a una augusta señora yanqui, que maneja sin dificultades al marido, a su hijo y a cuantos la asisten próxima o lejanamente.

El viejo problema racial surge con motivo de casarse en Kioto un teniente norteamericano con una muchacha japonesa que en rigor es su compatriota, pues nació en Estados Unidos de padres nacionalizados en aquel país. Su suegra (la imperativa matrona de marras) se resiste a recibirla en su mansión del Estado de Virginia; argumenta que las leyes prohíben el matrimonio de los blancos con “gentes de color”. El hijo —eso sí— no sólo dispone de la casa materna, sino le es cedida por escritura pública, a fin de que entre a usufructuar de un legado que el probrecito ha menester abiertamente, dada la debilidad de su carácter corroído por edipiano complejo.

El padre del oficial es un flemático caballero que lleva el amén a su esposa en cuanto ella disponga. La japonesita comprende que está demás y retorna a su país con un antiguo pretendiente de ojos rasgados y piel amarilla, no sin antes dar a luz un vástago de su cuasi marido norteamericano. Una doctora judía, ex huésped de un campo de concentración alemán, se encariña con el rorro y lo adopta.

La novelita tiene todas las apariencias de combatir los preju-